

"Matando horas", de Rodrigo García, en el Teatro Pradillo

El tiempo que pesa

Pertenece a esa savia nueva que el teatro contemporáneo hace brotar en la aridez del arte escénico actual. A través de una manera muy particular de concebir el espectáculo, filtra no pocos conceptos diferentes de aproximación a las sensibilidades y a los impulsos individualizados del público. Y, sin embargo, *Matando horas* no deja de ser literatura, poesía dramatizada. Beckett, de nuevo, pero sin astillas. O Heiner Müller, simplificado y depurado por la posmodernidad.

Es la primera coproducción del Teatro Pradillo, anunciada hace algunos meses, cuando abrió sus puertas en Madrid. Los otros implicados son el Centro Nacional de Nuevas Tendencias Escénicas, el Teatre Obert y la compañía artífice del montaje, La Carnicería. Creada en 1989 por el autor y director de *Matando horas*, Rodrigo García, esta joven formación sólo había estrenado antes la obra *Acera derecha*, del mismo autor. Argentino, de veintisiete años, García tiene en su haber tres textos teatrales más —*Macbeth imágenes* (1987), *Reloj* (1988) y *Martillo* (1989)— escritos con el apoyo de diversas subvenciones públicas y el reconocimiento de varios galardones (consiguió dos veces un accésit al Premio Marqués de Bradomín). En *Matando horas*, además de las actrices Celia Bermejo y Rosa Savoini —experimentadas en grupos como Producciones Marginales, Espacio Cero, Industrias Nictálopes, Género y Contrapunto—, Rodrigo García contó con Alberto Sastre en el diseño del vestuario y del espacio escénico, y el grupo de jazz Kronos Quartet en la composición musical.

En un espacio vacío, una mujer y su doble (las precisas y desenvueltas Celia Bermejo y Rosa Savoini), vestidas de idéntico traje largo y oscuro, hablan de una vida solapada. En registros distintos, revelan con un lirismo intimista el desgarramiento de una mujer que permanece atada a un pasado traumático, de manera que las metáforas del texto se entrecruzan con la sugerencia de los objetos en torno a un eje común: la soledad. Un bunker metálico aísla a la mujer, la sal marina conserva sus recuerdos, una enorme cinta transportadora le devuelve el tiempo perdido, arrojando artículos domésticos, como cu-



PILAR CEMBRERO



PILAR CEMBRERO

Celia Bermejo y Rosa Savoini realizan una excelente traslación de las sugerencias poéticas de "Matando horas".

biertos y camisas de hombre, y sepultándola de arena... Hasta que, al final, parece recordar el sentido de la vida tras una lucha con sillas metálicas que las actrices arrastran, enfrentan y arrojan violentamente lo más lejos posible. Como la falsa ilusión del pasado. Como la amarga existencia del presente.

Al margen de la buena acogida que ha recibido el texto de Rodrigo García, se evidencia también su dramaturgia pobre, su insuficiente fuerza teatral y sus apagados principios estéticos. Sin sorpresas: rostros traspuestos, declamación trascendente de la prosa poética, contención, sobriedad, minimalismo... La emoción de la palabra y la poética visual no surgen de los resortes que el teatro demanda. Y la densidad que la obra proyecta no alcanza los cuarenta y cinco minutos de su duración. Queda la propuesta de un autor prometedor y el ensayo de un camino compartido —afortunadamente— con numerosas compañías, no por conocido (desde las vanguardias históricas) menos abocado a ser, tal vez, como se ha dicho del cine de Orson Welles, un teatro adelantado, a la espera de un espectador del futuro que lo aprehenda en toda su imposible integridad. □

Pedro Valiente